

La canción de Weber; Una apuesta (relatos)

Weber's song; A Bet (short stories)

LUIGI GUALDO
(Milán, 1847 - París, 1898)

RESUMEN: *La canzone di Weber* y *Una scommessa* se publicaron en la colección de relatos *Novelle* (Turín, Bona, 1868), ampliada nueve años después con la adición del relato *La villa d'Ostellio* bajo el título *La gran rivale* (Milán, Fratelli Treves, 1877). Traducción al español de Juan Francisco Reyes Montero.

Palabras clave: Luigi Gualdo; La canción de Weber; Una apuesta; Relatos; Scapigliatura

Abstract: La canzone di Weber and Una scommessa were published in the collection of short stories Novelle (Turin, Bona, 1868), expanded nine years later with the addition of La villa d'Ostellio in La gran rivale (Milan, Fratelli Treves, 1877). Spanish translation by Juan Francisco Reyes Montero.

Keywords: Luigi Gualdo; Weber's song; A Bet; Short stories; Scapigliatura

Nacido en el seno de potentados terratenientes, la holgada posición de Luigi Gualdo (Milán, 1847 - París, 1898) le permitió desde joven dedicarse a los estudios y, más tarde, exclusivamente a la actividad literaria, participando en algunos de los salones literarios más exclusivos (como los de la condesa Clara Maffei y Vittoria Cima). Todo ello, unido al gusto por una literatura orientada a la búsqueda de la belleza pura, hacen que se le considere como el más destacado representante de la denominada "Scapigliatura dorada". Debido a sus numerosas estancias en París (donde murió tras años de larga enfermedad), Gualdo ocupa un lugar destacado como nexo con la literatura que se estaba haciendo más allá de las fronteras italianas, en especial la francesa, gracias a la amistad que entabló con autores de la talla de Victor Hugo, Émile Zola, Théophile Gautier, Hérédia, Bourget, Mallarmé o Coppée (del que en 1872 tradujo al italiano *Deux douleurs*), dando a conocer a numerosos connacionales en el contexto literario francés (como es el caso de *I Malavoglia* de Verga) e incluso publicando dos novelas originalmente en esa lengua, *Une ressemblance* (1874) o *Une mariage excentrique* (1879). Si bien su producción en prosa —entre la que se cuentan novelas como *Decadenza* (1892), de tema psicológico y gusto decadente, o la colección de relatos *Novelle* (1868)— gozó de cierta fama, no es hasta los años cincuenta del pasado siglo cuando una progresiva revalorización lo sitúa en el lugar que hoy se le reserva, especialmente tras la edición de *Romanzi e novelle* hecha por Carlo Bo en 1959. Importante fue también su producción en verso, de la que llegó a publicar en vida un único título *Le nostalgie* (1883), de influjo parnasiano y notable sensibilidad decadente, siendo el resto recogido posteriormente bajo el sencillo título de *Poesie* en edición de Renata Lollo (Milano, Istituto propaganda libreria, 1989).

Luigi Gualdo, *La canción de Weber*

I. Era una casa vieja llena de recuerdos; grande, bruna, uniforme, cubierta por aquí y por allá del verde severo de la hiedra. Estaba situada en una pequeña colina y se llegaba a través de un largo camino, tétrico y aristocrático, flanqueado en ambas partes por plantas seculares. Al fondo se veía una gran verja de hierro oxidado por el tiempo que chirriaba mustia cada vez que se girara sobre los quicios mal fijados. Al lado del viejo castillo feudal, cuyas soberbias ruinas se divisaban en una colina lejana, la casa de la que hablamos parecía nueva; pero si se hubiera comparado, en cambio, con aquellas casitas blancas y con la moderna iglesilla del pueblo de abajo, ya inspiraba un profundo respeto. Y aunque no hubiera visto, como el castillo de allí en lo alto, discurrir entre sus muros los tenebrosos dramas de la Edad Media, y a sus pies pasar los caballeros vestidos de hierro, también ella había presenciado multitud de sucesos. Construida a finales del reino de Luis XIV, había acogido en sus salas las magníficas fiestas de aquel tiempo, con marqueses de enormes y rizadas pelucas, hermosas damas con el rostro maquillado y los ojos que brillaban de promesas... todas cubiertas de raso y gemas, rebosantes de faldas y de orgullo. Más tarde, había visto las orgías de la Regencia trasladadas de París a la *vie de château*, y recordaba los polvos de maquillaje y los tacones rojos de los gentilhombres y las manos blancas afeminadas de los abades galantes.

El terrible soplo de la revolución había pasado por encima sin abatirla; las guerras del Imperio la habían respetado. Después de las cenas de la Regencia, había asistido a las juergas del Directorio; entre sus muros se había oído despotricar contra Bonaparte (como llamaban al emperador los defensores del antiguo estado de las cosas), y ahora en la primera mitad de este siglo permanecía en su lugar todavía fuerte y altiva, aunque un poco en mal estado por la despreocupación de los propietarios.

Perteneía a los condes de Montsaunon, una gran familia ya ilustre en tiempos de las cruzadas. Pero de aquella larga estirpe con sus blasones totalmente cubiertos de cuarteles, ¿qué quedaba ya?; un viejecito, reliquia viviente de una época pasada, que a través de las sacudidas de la revolución y de las victorias del emperador había conservado sus ideas intactas, sus bienes en parte, sus polvos de maquillaje en el pelo y sus hebillas doradas en los zapatos. No era un hombre que careciera de ingenio, pero se agarraba obstinadamente a sus prejuicios como la hiedra a una ruina, lleno de soberbia y del espíritu ya rancio de su tiempo.

Aunque aún era rico a pesar de las vicisitudes políticas, sin embargo, ya no podía mantener su casa con el esplendor de antes; ahora la grama vegetaba entre las piedras quebradas de la corte de honor y las grandes terrazas y las balaustradas ricamente ornamentadas verdeaban por la humedad. Los parásitos vivientes habían terminado su reino en el interior ya totalmente apacible, pero, en compensación, sobre los muros externos toda una vegetación parásita trepaba desordenadamente con una libertad verdaderamente revolucionaria. Las grandes salas se encontraban desnudas, frías y severas. Aquellas sillas de la incómoda e ingrata forma que estaban de moda en el Imperio, aquellas mesas cubiertas de gélido mármol blanco o vetado, con las patas decoradas en la parte superior con bocas de leones doradas, y estrechándose hacia la parte de abajo, aquellos sofás totalmente rectos y duros con los cojines pegados a las barras de madera con unas bandas daban una idea muy desalentadora y que tenía poco que ver con las costumbres modernas. Los montantes, de estilo Pompadour, no tenían que ver nada con lo demás. En el jardín, los diseños regulares y las figuras en los que habían sido moldeados los arbustos siguiendo la moda de entonces habían retomado una completa y delirante libertad y extendían sus ramas con la más desobediente licencia.

Allí vivía el viejo gentilhomme solo con su hija, una joven de unos veinte años, bella, alta, de cuerpo elegante, de expresión delicada, de lineamentos finísimos. Poseía unos magníficos cabellos castaños claros que a plena luz adquirirían unos reflejos imposibles de retratar y dos grandes ojos azules, pensativos y apasionados, que os miraban como muy pocos ojos miran.

Excepto el párroco del pueblo, y de vez en cuando alguna que otra familia de los alrededores y los viejos sirvientes, que se consideraban un poco parte de la casa y llevaban su rasgada librea verde y oro con el orgullo con que su señor llevaba el vestido de corte, él no veía a nadie y vivía solitario con su Ida, cuya juventud era como un rayo de sol que atravesaba la vieja casa.

Los criados recordaban aún los tiempos en que su señor vivía en París entre las múltiples diversiones de la sociedad y no dejaba aquella viva estancia más que durante unos pocos meses, los cuales, sin embargo, siempre pasaba en la vieja morada. En aquel tiempo, ocho meses al año, las bóvedas de las largas salas no albergaban eco alguno, las contraventanas permanecían cerradas herméticamente y nada volvía a cobrar vida más que en otoño. Con la llegada de esta estación se veían desfilar a lo largo del tétrico camino los carruajes polvorientos que venían de París, tirados por cuatro vigorosos caballos montados por cocheros vestidos con la librea del conde que hacían chasquear alegremente sus látigos.

Ahora, en cambio, ya nunca abandonaba su casa; vivía en ella las cuatro estaciones seguidas. Almorzaba con su hija en una gran sala en la planta baja servido por cinco sirvientes, muy ocupados en no hacer nada; y, claro, a muchos tanta opulencia vivida en soledad les parecería muy triste.

Un buen día, el viejo conde recibió una carta que tenía un gran sello con un escudo. La abrió apresuradamente y, leyendo las primeras líneas, un rayo de alegría atravesó sus ojos. La relejó varias veces más con visible contento, y durante todo aquel día estuvo de un insólito humor jocoso, como si le hubieran quitado diez años de encima. Caminaba veloz y engréido, charlaba mucho más de lo normal sonriendo a todos y, a cada momento, besaba a su hija en la frente y le decía que nunca la había visto tan bella.

Al día siguiente su actitud se hizo decididamente extravagante. Parecía que había cambiado su naturaleza. Él, amante del orden a su modo, no quería que se moviera ningún mueble de una habitación a otra; él, enemigo declarado de cualquier tipo de bullicio, comenzó a poner todo patas arriba, a hacer y deshacer, a recolocar todo lo que veía a su alrededor. Parecía como si quisiera darle una nueva fisonomía a su vieja casa, que sin embargo amaba tal y como era. Las grandes salas de recepciones, cerradas desde hace muchos años, fueron abiertas; las cubiertas de telas fueron retiradas de los muebles, los pliegues majestuosos de las cortinas cuidadosamente desempolvados, las telarañas limpiadas de los rincones de la bóveda allí donde se extendían cómodamente, los velos quitados a los espejos, los jarrones llenados de flores. La magnífica cubertería de plata maciza, regalo de un duque de Saboya a la casa de Montsaumon, fue sacada de un viejo armario donde estaba a oscuras desde quién sabe cuándo. Los sirvientes iban de aquí para allá apresuradamente por todos lados, preguntándose quedamente los unos a los otros, sorprendidos por la orden recibida de limpiar lo mejor posible y de vestirse con las libreas de gala.

Se arrancó el moho que había en la terraza. El jardín fue peinado, las hojas caídas quitadas de los caminos, las flores marchitas arrancadas, las ramas demasiado largas cortadas, intentando devolver a algunos de los arbustos la arquitectónica figura primitiva.

Ciertamente, tenía que ocurrir algo extraordinario.

De todo esto Ida no sabía nada. Ella nunca se atrevía a molestar a su padre cuando él no venía a verla. Así que aquella mañana, al ver que no había aparecido, se encaminó a su estancia favorita, una sala esquinera en el fondo del ala izquierda de la casa. Allí estaba su más íntimo amigo, el piano.

Esto dice todo de la tremenda pasión que Ida tenía para la música. Sabía tocar el címbalo por instinto, cantaba porque Dios le había dicho que cantara.

El único maestro que había tenido, aunque muy tarde, era un joven protegido del conde que pertenecía a una familia refugiada tras la época del Terror en aquel pueblo apacible. Su padre, aunque pobre y desconocido, era un verdadero artista, uno de tantos que pasan, fulgurantes pero no vistos. Él puso todo el esmero de su vida en la educación del hijo. La madre había muerto; el pobre joven no tenía más que dieciséis años cuando también murió el padre. Así que se encontró solo, rico solamente en juventud y esperanzas. El conde de Montsaumon empezó a protegerlo: hizo que un editor en París comprara algunas de sus composiciones y le encargó que diera clases a su hija. A muchos le parecerá extraño que un hombre con las ideas del viejo conde pusiera tan cerca de su hija a un joven de veinticinco años, pero hay que considerar que Paolo era serio, mesurado, y que Ida lo había visto el tiempo suficiente como para considerarlo parte del mobiliario de la casa. Además, en aquellos tiempos en los que la aristocracia sostenía aún fieramente todos los prejuicios de casta, al

conde no podía pasarle ni siquiera un instante por la cabeza que su hija pudiera dirigir mirada alguna a una persona tan oscura como era el pobre artista. También él asistía frecuentemente a las clases.

Así pues, Ida había abierto el clavicordio y dejaba que sus hermosos dedos vagaran a la ventura por las teclas cuando, de repente, entró el conde, algo insólito a aquella hora. Estaba vestido con gran esmero y su rostro parecía irradiado por una expresión de contento. Se acercó a su hija, le tomó las dos manos y besándola en la frente le dijo:

—Por favor, querida mía, hoy tienes que mostrarte bella, lo más bella que puedas.

Una sonrisa que quería decir muchas cosas cruzó entonces sus labios.

—¿Por qué, padre? —preguntó Ida, mirándolo fijamente con sus grandes ojos azules.

—¿Por qué? Lo verás dentro de poco.

—¿Esperáis quizás a alguien?

Una nueva sonrisa, más prolongada que la primera, iluminó el rostro del conde, y en pocas palabras le contó a su hija, inmensamente sorprendida ante un acontecimiento tan extraordinario, que efectivamente esperaba a alguien, al marqués de Sentis, un pariente lejano.

—La carta que me has visto leer era suya. Debería de llegar hoy. Es un joven bello, simpático y bueno, gran gentilhombre y dueño de cuantiosas tierras en Normandía que los ladrones del '93 no le han podido arrebatarse. Solo los dominios del castillo de Sentis le proporcionan cincuenta mil escudos al año.

Un par de horas después llegó el marqués. Ida comprobó que su padre le había dicho la verdad. Podía tener entre treinta y cinco y cuarenta años; era alto, de muy buena constitución, de facciones regulares y un rostro distinguidísimo que denotaba que era un hombre de cierto ingenio. Tenía muy bellas maneras, un timbre de voz muy simpático y estaba vestido con una elegancia sobria que lo caracterizaba como un hombre con gusto de la cabeza a los pies.

Llegó en una gran berlina de viaje, bajó de ella rápidamente y subió los escalones de la terraza (donde el viejo había ido a recibirlo) con el sombrero en la mano y la sonrisa en los labios. Respondió calurosamente a la a su vez calurosa acogida que le hizo el señor del lugar, y luego, girándose hacia Ida, que había quedado un poco al margen, le besó la punta de los dedos con una galantería respetuosa que recordaba Versalles, diciéndole:

—Bella damisela mía, permitid que un primo vuestro os presente sus respetos. He venido preparado para admirar belleza y gracia, pero si hubiera sabido la realidad que me esperaba no hubiera creído poder encontrarla sin salir de los confines de la tierra.

Después se dirigió al conde y se dedicó completamente a él como si Ida no estuviera.

Más tarde se dirigieron a comer, y durante todo el tiempo del almuerzo el marqués sostuvo una conversación brillante y florida, mostrándose siempre cordialísimo con el padre y tratando a la hija con una galantería que databa de dos siglos.

Aquella noche Ida durmió mal. No podía evitar que un acontecimiento como la llegada tan poco esperada de aquel elegante primo ocupara su imaginación. Además, una voz secreta, que ella misma no sabía explicar bien, le advertía que el marqués de Sentis había venido por ella.

Me parece que ya dije que Ida tenía casi veinte años. Su bella juventud resplandecía en su frente como una aureola y le cantaba en el corazón como una sirena. Además, hasta entonces había vivido muy tranquilamente. Sabía poco del mundo; la vivaracha existencia que las jóvenes de su edad llevaban en la capital, ese espléndido carrusel de diversiones y aburrimiento, no lo conocía más que por su nombre. Su corazón latía, sí, pero nunca había

palpitado. El soplo embriagador de la primavera, que hace parecer más perfumadas las rosas y más resplandecientes las estrellas, había pasado por encima de ella; también ignoraba el amor. Era una de esas naturalezas pasivas e indiferentes en apariencia, a menudo llenas de ardor escondido... aunque eso ella lo ignoraba. Le habían dado, para la época, una buena educación en la que los más severos principios religiosos ocupaban el primer lugar, y le habían metido bien dentro de su cabeza que los Montsauron se hallaban entre las primeras familias de Francia y que estaba destinada, pues, a un gran matrimonio.

Sus previsiones acerca del marqués no estaban equivocadas: al día siguiente, su padre entró muy temprano por la mañana en su habitación, la besó aún más afectuosamente que el día anterior, y se sentó a su lado diciéndole que tenía que hablar con ella de cosas importantes. En pocas palabras le dijo que el marqués de Sentis había venido expresamente desde lo más profundo de Normandía para verla porque quería casarse y la unión con su casa la consideraba un honor, que la había encontrado más bella de lo que se esperaba, que le había pedido su mano y que, concluidos algunos asuntos que debía terminar en el castillo de Sentis, dentro de poco volvería para saber la respuesta.

—Tiene un gran nombre y es muy simpático. Ayer me parecía que no te disgustaba, así es que, querida... no dudo de tu respuesta.

Todo aquello Ida se lo esperaba un cierta medida. Entonces, ¿por qué las palabras de su padre le produjeron un efecto extraño? Sintió una punzada en el corazón y el ligero sonrojo que, insinuado en su rostro al principio, se convirtió pronto en palidez. ¿Era aquello quizás un presentimiento?

El conde, atribuyendo tal confusión a una razón completamente opuesta, añadió sonriendo sabiamente:

—¿No respondes, querida? Claro, el silencio en estas circunstancias es la mayor de las respuestas —y hablando así se fue apresuradamente.

Ida, una vez sola, se sintió turbada. Se sentó y se puso a pensar. Lo hizo durante un cuarto de hora, con las manos cruzadas, los ojos fijos en el suelo, la cabeza baja y la frente ensombrecida.

¿En qué pensaba? No lo sabía demasiado ni siquiera ella; sus pensamientos transcurrían, transcurrían sin que ella pudiera dar cuenta del camino que recorrían.

¡Quién sabe hasta cuando hubiera seguido así si de repente no hubiera oído golpear en la puerta!

En ese momento entró la camarera diciendo:

—El maestro de música está en la sala verde y espera a la damisela.

La sala verde es esa de la que ya hemos hablado, en la que estaba el piano. Su nombre derivaba de la tapicería de un verde pálido, desteñido por el tiempo. No era muy grande, pero sí altísima; estaba poco adornada y casi sin florituras, aunque desde la ventana abierta se disfrutaba de una vista espléndida y del susurro del viento entre las hojas de un castaño cuyas ramas se extendían delante.

En medio estaba el piano, para ser exactos el clavecín, tal y como se le llamaba entonces. También este, como el resto de los muebles, era alto y estrecho, de una madera clara totalmente taraceada.

Cuando Ida entró, Paolo estaba ante el clave tocando una pieza de Gluck. Al aparecer, él se levantó, la saludó con una inflexión de voz que denotaba al mismo tiempo tanto la familiaridad derivada de verse asiduamente como el respeto debido. Ida se sentó cerca de él y comenzó la clase.

Hacía casi dos años que aquello mismo se repetía dos o tres veces por semana.

Paolo había estado rara vez en París y no había tenido, por así decirlo, tiempo de ser joven. Estaba obligado a reprimir las prepotentes aspiraciones de su edad. La vida se le había presentado ya desde los primeros años con una muy seria fisionomía, y la áspera lucha con las necesidades y la escuela de la desventura habían puesto sobre su frente una marca de madurez precoz.

¿Hay que sorprenderse si la compañía frecuente de Ida lo impresionaba de tal modo?

En una palabra: por mucho que intentara luchar contra el sentimiento que lo invadía, aquello no podía tener más que tristes consecuencias... al final, pues, tuvo que confesar a sí mismo que la amaba.

Y la amaba de verdad hasta tal punto que no se atrevía ni siquiera a examinar sosegadamente su propio ánimo; temía el vértigo y no quería mirar en el abismo.

¿E Ida?

Del amor no sabía nada todavía; sin embargo, su alma impresionable y, por encima de todo, aquella innata pasión por la música (la más grande traducción del amor que existe bajo el cielo) tenían a la fuerza que conmoverla a sus escasos veinte años.

Entre los dos, es cierto, no se había pronunciado ninguna palabra frívola, pero existía ya un vínculo: la armonía.

Muchas veces, cuando los hermosos dedos de la joven recorrían las teclas de marfil del viejo clave haciéndolo vibrar con los acentos apasionados de la música italiana o de las suaves melodías alemanas, el corazón le latía de forma extraña; entonces no se atrevía a darse la vuelta para ver a su maestro, quien, inmóvil detrás de la silla, a su pesar, la adoraba.

Y cuando cantaba y repetía las armonías de los grandes maestros que en aquel momento parecían improvisación de su alma, con los azulados ojos mirando el espacio y encendiéndose de una luz arcana como si viesen el cielo abrirse de repente, con el pelo movido por el viento que entraba de la larga ventana... - ¡oh! ¡en aquel momento el pobre artista habría dado su vida por poderla estrechar entre sus brazos y sentirla suya!

Sin embargo, había sabido contenerse y ninguna palabra había salido nunca de su boca. Ella, por su parte, era cordial con él; a veces amistosa, pero nada más.

En esta ocasión, la clase comenzó también como siempre. Paolo, pese a todo, estaba pálido, de una palidez no habitual en él.

Sufría mucho... lo había oído todo. La llegada del marqués había sido para él una revelación y un revés. Había entendido enseguida el objetivo que le había llevado hasta allí. Y aunque su amor por Ida carecía de toda esperanza, aquel anuncio de un matrimonio inminente le causó el efecto de una fría hoja de puñal plantada en el corazón.

Una vez casada, Idea se iría. Aquel consuelo, si al menos lo era, de verla de continuo, de venir a menudo a sentarse en el címbalo, de oír su adorada voz... le era arrebatado cruelmente. ¡Y saber que era de otro!... No podía refrenar ese pensamiento. Y luego el tormento, la tortura de tener que asistir a la alegría de los otros con el rostro sereno y el infierno en el corazón, de tener que ser espectador de la fiesta, ¡de la ceremonia incluso!... ¡Y el miedo a traicionarse!... ¿Sabría callar hasta el último momento, comprimir los latidos de su corazón, contener las lágrimas de los ojos? ¿Tendría la triste fuerza de cumplir bien su papel hasta el final, de mantener siempre la máscara que se había puesto?

También Ida estaba triste; de repente, dejó la pieza que tocaba y se apoyó en el atril con la cabeza en las manos. Paolo callaba.

Ella se levantó después de unos instantes y, en lugar de seguir la pieza comenzada, cantó

su canción favorita.

Si bien no sabemos exactamente cuál, era una canción de Weber, una de esas en la que el gran alemán ha infundido toda su alma de artista.

El motivo surgía simple, claro: era una melodía melancólica, triste, llena de dulce languidez y de acentos desgarradores, encantadora como una poesía de amor, tétrica como la dispersión de una esperanza. Luego se encendía, se animaba, se tornaba fuerte como el rugido de una tempestad, acalorada como una lucha a corazón partido. El motivo, mientras tanto, se dejaba entrever. Luego volvía a aparecer solo y terminaba con un eco repetido y moribundo.

Ida la tocaba y cantaba veinte veces al día. ¡Y de qué modo!... En aquellos momentos era tan bella que casi no parecía una criatura terrena. Esta vez, con el alma involuntariamente llena de tristeza, cantó aquellas notas sublimes con tanta expresión que parecían un grito supremo del corazón.

A Paolo las notas de aquel canto le sonaban todas como una nota desgarradora de despedida. Cuando la música cesó, agitado y sin poder resistir más el ansia de saber la verdad, toda la verdad (aunque se hubiera prometido no decir ni pío sobre tal tema), dijo con voz sumisa e intentando en vano que pareciera sosegada:

—Damisela, perdonad mi indiscreción... tengo que haceros una pregunta.

—¿Cuál?

—Sobre una cosa que os concierne muy... muy íntimamente.

—Decid, decid —respondió Ida, palideciendo muy a su pesar.

—¿Es verdad que... —el pobre joven se sentía asfixiado.

—¿Que... el marqués de Sentis ha pedido mi mano? —interrumpió vivamente Ida—. Sí, así es. Es verdad.

Ida dijo estas palabras rápidamente, con acento franco y seguro; también ella estaba turbada. Se levantó y cerró el clave. Estuvo un momento inmóvil y pensativa, dijo que era bastante por aquel día, se despidió de Paolo, que parecía petrificado, y salió.

Cuando se quedó solo, ocupó el lugar que Ida había dejado y ocultó la cara entre las manos.

Ida, por su parte, había adivinado todo de la conmoción de Paolo. Por una revelación súbita, al mismo tiempo había entrevisto el amor y comprendido que él la amaba.

Mientras tanto, el matrimonio proyectado le atraía bien poco. Sentía por el marqués una antipatía, no ciertamente motivada, pero invencible.

Aquella tarde manifestó a su padre que no se casaría con el marqués.

Sin embargo, comenzó entonces por parte del conde un lento trabajo de persuasión. La acarició como no lo hacía ya desde hacía tiempo. Le supo demostrar que rechazando la mano ofrecida rechazaba la propia felicidad; le dijo que ella, sin duda, acabaría amando luego al marqués; y añadió, en fin, todas las buenas y malas razones que pudo encontrar. Le alabó los elogios del marqués enumerando sus múltiples cualidades, halagó la joven imaginación de ella con la pintura del lujo y de los triunfos que le esperaban en París. Dijo tantas cosas y tan bien, que ella finalmente se dejó doblegar y dio su consentimiento.

¡Ay, imprudente!... No sabía lo que hacía. Aquel corazón que ella se dejaba arrebatarse para conceder a otro, ya no era suyo.

No tardó en darse cuenta.

Por la tarde se retiró temprano a su habitación y se encontró tristísima por la decisión tomada. Le pareció que sería imposible dejar la casa donde había nacido, abandonar a su padre y a sus pocos viejos amigos.

¿Y aquel pobre Paolo?...

—¡No cantaré más con él esa canción de Weber que tanto adoro y que él tanto ama escuchar!...

Pensando en todo ello, en la soledad nocturna de esa virginal habitación que pronto tendría que abandonar, su corazón de repente se inflamó; sintió una tristeza ignorada hasta entonces y todo desembocó en un intenso llanto. ¡Oh amor!... ¡Ya has llegado!

Al día siguiente, cuando salió de su habitación, encontró en la sala a Paolo. ¿Por qué había venido, cuando no se le veía más que en las horas prescritas por la clase? Estaba pálido, y su mirada apagada indicaba una larga noche de insomnio.

Ida sintió el corazón que se le salía de la seda del vestido.

La pobre joven estaba ciertamente exaltada.

—Paolo —dijo ella—. He dicho que sí.

Era la primera vez que ella lo llamaba así.

Él veía que ya no podía resistir más.

—He dicho que sí —repitió ella—. Hoy mi padre escribirá al marqués de Sentis, quien no tardará en llegar. Y dentro de un mes seré su esposa y tendré que dejar esta casa... y a mi padre, y a mis amigos...

Escondió su bello rostro en el pañuelo y siguió llorando.

Paolo estaba pálido, su labio temblaba convulso.

—Damisela —le dijo al fin—. ¿Y de los amigos de aquí... os acordaréis alguna vez?

—Sí, siempre... —murmuró Ida—. Pero ahora me he de despedir —dijo extendiendo la mano.

Él la tomó; estaba gélida. La estrechó apasionadamente y toda su contención se vino abajo.

—Vos partís, damisela, y yo quedaré aquí... pero por poco tiempo. No puedo vivir sin vos. Cuando seáis marquesa de Sentis, yo moriré. Me había prometido a mí mismo callarme, pero las fuerzas humanas tienen sus límites. Os amo, Ida. En esta última hora, en esta hora tan triste de despedida, no sé cómo me atrevo a decirlo... pero lo digo. Os amo, os adoro, vivo solo para vos. Sé cuánto nos separa. Vos nunca me habríais podido amar. Habéis hecho bien aceptado la mano del marqués. Sed feliz, Ida... pero pensad alguna vez que aquí abajo hay uno que moriría con la sonrisa en los labios si pudiera morir por vos...

—Paolo, yo también...

En aquel momento la puerta se abrió y el conde entró en la sala. Por la actitud de los dos jóvenes intuyó al instante lo que pasaba. Su frente se frunció. Paolo, perdida completamente la cabeza, huyó.

Ida estaba exaltada.

—Padre —exclamó—, nunca me casaré con el marqués de Sentis, ¡nunca! ¡nunca! ¡nunca!...

—No, te casarás con él dentro de una semana —dijo el conde.

Su voz era firme, pero muy dulce.

Y comenzó un largo parlamento. Le dijo que él sabía perfectamente que este súbito cambio dependía de un capricho propio de una joven por Paolo. Le mostró afectuosamente, paternalmente, cómo había que combatirlo un sentimiento como aquel. Ella ya no podía casarse con él, ¿entonces?...

El padre fue dulce, pero inflexible.

Por segunda vez Ida fue casi vencida por las palabras de su padre. Cuando este la dejó, se

había apaciguado en gran medida. Ella misma estaba, al igual que el conde, imbuida de las ideas aristocráticas de su tiempo. Sabía que Paolo no podía ser su marido. ¿Por qué, entonces, no aceptar la mano del marqués? ¿Por qué acarrear tanto disgusto a un padre que la adoraba? Un cambio de vida le haría olvidar todo aquello; el marqués era un hombre amabilísimo, y además... igual a Paolo lo podría ver aún alguna que otra vez... como un amigo... Ingenuamente era lo que ella pensaba en aquel momento.

Al fin, poco a poco se reconcilió con la idea del matrimonio, y aquella noche, cansada por las emociones del día, no tardó en dormirse... un poco triste, pero tranquila.

Paolo llegó al día siguiente a la hora habitual.

Había reflexionado profundamente sobre su posición; comprendía que interponerse en el momento del matrimonio entre Ida y el marqués sería de una enorme ingratitud respecto al conde, a quien tanto debía, y que aquello le acarrearía un fortísimo dolor, además de obstaculizar el futuro de Ida sin ningún provecho. Él la amaba perdidamente, pero se juró a sí mismo ser fuerte.

Así pues, se presentó tremendamente pálido y melancólico, pero resignado. Ida le contó cómo había accedido decididamente a la propuesta. Expuso desnuda su alma; no sabiendo ya cómo callarlo, confesó su amor con aquella sublime obcecación de la pasión que no excluye el pudor y, al mismo tiempo, intentó hacerlo partícipe de un poco de la propia fingida fuerza. Le dijo que recordara que ella nunca habría amado a nadie más que a él en la tierra, pero añadió lo que él por desgracia ya sabía; que aquel amor era imposible, que ella le demostraría siempre su afecto y que esperaba, dentro de un año, verlo en el castillo de Sentis.

—Nunca —respondió él—, nunca podré veros con otro. Tenéis razón, damisela; casaos con el marqués, quizás él sabrá haceros feliz y... olvidadme. Ya no vendré más a daros clase. El conde me ha dicho que ahora estaréis tan ocupada con los preparativos que no tendréis más tiempo para la música... Hace bien... Es mucho mejor que no os vea. Antes de vuestra partida... —y aquí la voz se conmovió, pero siguió— volveré por última vez a deciros adiós.

Ida sintió ganas de llorar, no podía hablar. Le extendió la mano. Él se la llevó a los brazos, y partió.

A los pocos días, con una intensidad en sus sentimiento que nunca había experimentado antes, la melancolía de Ida se transformó en una tristeza negra, oscura, pavorosa. Un amarguísimo arrepentimiento por haber dicho que sí le sobrevino bruscamente, tan violento que más bien parecía un remordimiento y le corroía la conciencia. El amor, en cambio, surgía lenta y sólidamente en ella, y la cubría completamente. Habría sacrificado todo por no haber dicho que sí, pero sabía ya que no podía retroceder ahora; como presa del vértigo, caminaba recta hacia el precipicio. Si le hubiera rogado a su padre, él habría tratado su ruego como un capricho... ¿quién sabe?... quizás la hubiera forzado. Día a día su tristeza aumentaba. Se confesaba dolorosamente a sí misma que antes que al marqués de Sentis, preferiría ahora mismo irse a un convento; sentía, por desgracia, que no era más que una víctima.

Llegó el marqués. Ni su amabilidad, ni su educada galantería consiguieron disipar la nube de tristeza que se cernía sobre la frente de la joven arrepentida.

El conde se convenció de que era mejor apresurar los acontecimientos, y el matrimonio fue establecido para el domingo siguiente. Los invitados llegaron desde París. Eran apenas unos pocos familiares del conde y los numerosos amigos del marqués de Sentis. La vieja casa silenciosa y tranquila estuvo de nuevo, por un momento, llena del ruido y de la alegría que la habían agitado otras veces. El conde se mostró generoso hacia sus invitados. Fueron días de

fiesta continua. En medio de todo aquel estruendo, Ida terminó distrayéndose un poco.

Sin embargo, despertándose la mañana del sábado anterior a la boda el horror de su posición se le presentó inmenso.

—Es mañana —pensó—. Mañana terminará todo.

A Paolo no lo había vuelto a ver desde entonces. No se atrevía a pensar en su promesa de volver para decirle adiós... Es más, intentaba expulsar tal pensamiento... aunque este volvía.

Fue a la sala del clave y comenzó a cantar su canción favorita. Esta adquiría ahora ante sus ojos un nuevo encanto; era aquella la que había cantado la última vez con él. La última triste nota retumbaba tristemente cuando se abrió la puerta y entró Paolo.

No puede describirse su aspecto.

—Damisela, he venido a decirlos adiós. Como veis, en estos días no os he molestado. Esta es la última vez que lo hago. Vuestro padre no sabe que yo estoy aquí; no lo vería bien. Así que no tengo tiempo para quedarme. Adiós, Ida, adiós para siempre.

Diciendo así le tomó la mano cubriéndola de besos...

Luego, haciendo un violento esfuerzo, se dirigió hacia la puerta.

—Paolo, permaneced un instante aún —murmuró una voz detrás de él.

Él se volvió y se sentó cerca de ella.

Ida desearía no haber llorado... pero, hablando, los sollozos entrecortaban sus palabras.

—Quiero cantaros por última vez la canción de Weber —prosiguió—. Es nuestro canto de despedida.

Y con aquella voz en la que había lágrimas, comenzó...

No pudo terminarla. A la mitad se paró y todo desembocó en un intenso llanto.

Solo entonces comprendió cuánto amaba a la persona que estaba a su lado.

Paolo hubiera querido permanecer fuerte, pero en aquel instante todas sus resoluciones lo abandonaban

Con una mano agarró la mano de Ida, mientras que con el otro brazo le estrechó por la cintura, sacudida por una agitación irresistible.

La pobre joven se abandonó. Su bella cabeza se plegó como una flor llena de rocío y la recostó sobre el pecho del joven.

Hacía un año que lo amaba casi sin saberlo... y ahora ya no podía vivir sin él.

¿Cómo fue que sus labios se reunieron y se fundieron en un largo beso?...

Aquellos dos corazones, que pocos instantes después debían separarse para siempre, latían el uno contra el otro como si intentaran acompañarse...

De repente, se despertó en ella el instinto de mujer; la terrible idea de que no le correspondía le pasó por la mente. Comprendió súbitamente la palabra "deber" y se deshizo con fuerza del abrazo de él.

Poco después se calmó, si bien le entró el miedo de que su padre entrara. Paolo partió. Partió casi feliz... él era amado.

Ida tuvo fiebre toda la noche y deliró de la forma más extraña; llamaron al médico. Se decidió que era mejor retrasar el matrimonio.

El marqués vino a hacerle una visita y se mostró muy afligido por aquel retraso.

Sin embargo, ella no quiso. Se levantó, dijo que estaba bien. Se vistió con el suntuoso vestido de novia totalmente cubierto de encajes mandado desde París; se dejó colocar sobre la cabeza la corona nupcial y, blanca como su vestido, con los ojos fijos, con el paso seguro, fue conducida hasta el altar.

El conde comprendió entonces, a su pesar, que era una esposa, no una víctima, lo que

aquel altar debía recibir. Pese a todo, quiso hacerse ilusiones y pensó que las magnificencias del castillo de Santis y las fragorosas diversiones de la vida de París le harían olvidar todo aquello muy pronto.

Es difícil hacerse una idea del afecto que el conde tenía a su hija. Ella era todo para él. Él, reliquia de un siglo muerto, se había quedado solo, sin amigos (la mayor parte ya no vivía o se habían pasado a las filas de los otros partidos), e Ida, la viva imagen de su madre, la única mujer que había amado de verdad, era entonces el único sentido de su existencia. Sin duda, se asustó al ver la mirada fija que ella tenía aquella mañana.

La ceremonia fue breve. Ida pronunció el «sí, quiero» sacramental con voz quieta, y salió de la capilla cogida del brazo del marido con el mismo paso y tan pálida como había entrado.

Sus ideas eran confusas. El dolor había desaparecido. Sentía que la cabeza se le volvía ligera. Una triste sonrisa le acarició los labios. Pasando por la gran sala de recepción recordó el lugar en el que se había caído a los cinco o seis años desde una de las altas sillas con reposabrazos a la que se había subido. Su mirada estaba fija y un poco vidriosa. Ya no era una mujer; era una bella estatua que caminaba.

Todo había terminado para ella aquí abajo. La primera alegría se había fugado, la última esperanza desaparecido. Ahora su razón comenzaba a vacilar. La sacudida había sido tan fuerte, había sido tan violento el esfuerzo realizado para vencerse, experimentaba tanta repugnancia por el vínculo que adoptaba, aquel momento de amor al que no había podido resistirse le había revelado con tanta dolorosa evidencia cuán grande era su pasión, el delirio de la noche la había agitado de tal forma, que todo, ante la horrible realidad de su sacrificio, se confundía, se oscurecía. En aquellos días ella había sufrido más de lo que creía, y el efecto de aquel sufrimiento se le venía ahora encima de forma fulminante. Una vez que el momento del matrimonio se fijó y los días se sucedieron con su inexorable velocidad, le pareció que aquel tiempo fatal pasaba con una rapidez vertiginosa y sintió una sensación de dolorosísima impotencia por no poderlo detener. Pese a ello, por mucho que se tenga la triste certeza de tener que alcanzar una triste meta, hasta que esta no llega, un leve rayo de esperanza siempre se obstina en permanecer sobre nuestro camino; sin embargo, una vez se alcanza, estando frente a la innegable realidad, este también se apaga y deja paso a la oscuridad.

Sonreía siempre... y el conde se aterrorizaba ante aquella sonrisa. Respondía sin sentido, balbuceaba palabras incoherentes. Estaba calmada y serena en apariencia, pero la mente parecía que se le oscurecía. Se podía temer que la locura, espectro horrible, la estuviera acechando para caerle encima.

Permítase un paréntesis. Estos tipos de demencias, que vienen para agarrar entre la penúltima hora y la tumba a quien ha luchado entera en una hora la lucha de la vida, hacen que el pensador se detenga dudando. En efecto, estos delirios, ¿son verdaderos delirios? ¿O no es quizás, en cambio, este desvanecimiento de la naturaleza humana, en el último momento, la sabiduría de una nueva vida que parece locura en esta? Aquel ojo que no distingue más claramente las cosas de aquí abajo, ¿lo ha dejado ciego una tiniebla que lo ha invadido o, por el contrario, es deslumbrado por la luz del cielo?... Aquellas palabras incoherentes que la boca pronuncia y que no se entienden, ¿están vacías de sentidos y privas de razón o, por el contrario, no se comprenden solo porque son las primeras sílabas de otra lengua?...

Volvamos a la pobre Ida. En la sala recibió las congratulaciones de los invitados con aspecto distraído, mientras su fingida fuerza disminuía a cada instante y se sentía sucumbir bajo al esfuerzo demasiado grande. Tuvo que ceder. Se retiró a su habitación y, tal y como

estaba vestida, con las flores del naranjo en la cabeza, se acostó en su lecho virginal.

El conde, inquieto por el estado de su adorada hija, dejó a los invitados, abandonándolos a la brillante conversación del esposo, y corrió hacia la habitación de Ida. La encontró más calmada, mas siempre con la mirada fija y aquella sonrisa siniestramente dulce.

—Dejadme —dijo ella—, quiero dormir.

Y, en efecto, no tardó en dormirse. Cuando la vio adormecida, la besó en la frente y se retiró de puntillas.

Ida durmió más de una hora, con un sueño negro, pesado.

Cuando se despertó no supo juntar ninguna idea y creyó incluso que había perdido la memoria; solo recordaba que había sufrido mucho. De repente, se tocó la frente con la mano como si en ese instante se acordara de algo. Se levantó y con paso calmo y lento salió de la habitación.

Atravesó las largas salas, la galería, los pasillos y entró en la sala verde.

Se sentó ante el clave, y acompañándose con él, cantó la canción de Weber.

Su voz ya casi no parecía de esta tierra.

Después de un instante, toda la sala estaba impregnada de aquellos acentos...

Al salir encontró a Paolo.

No parecía verlo, aunque lo mirara fijamente con sus grandes ojos llenos de luz ignota.

Él le cogió las manos, cubriéndola de besos.

Pero ella las retiró y, estallando en una risa convulsa que retumbó extrañamente entre las viejas paredes, dijo con voz rota:

—No me toquéis, señor... Soy la marquesa de Sentis.

La desdichada joven no pudo recomponerse más. Enfermó; y la enfermedad fue larga, y aunque indolora, sin remedio.

Los cuidados de los médicos, los rezos, las atenciones del afectuoso padre, todo fue inútil. En medio de los días de dolor hubo algunas horas de esperanza, pero, ¡ay, inmediatamente apagada! Se intentó de todo para salvarla, mas el mal fue inexorable.

Ella era una de esas personas que con el golpe de las pasiones se rompen, ella era de las que mueren. En su delicada juventud lo moral estaba estrechamente unido a lo físico.

Finalmente llegó el final de aquella larga agonía. El párroco del pueblo y el conde se encontraban arrodillados junto a la cama. Un poco más atrás estaba el marqués de Sentis.

Ida experimentó un instante de tregua y habló durante cierto tiempo. Sus discursos eran incoherentes y extraños, aunque afectuosos con el padre. El nombre de Paolo volvía a cada momento.

Sus últimas palabras fueron: «Dejadme dormir». Y diciendo esas palabras apoyó la bella cabeza en la almohada y cerró los ojos.

II. Tres días después, la iglesia del pueblo se mostró suntuosamente envuelta en negro y plata. Los aldeanos se arrodillaban formando una multitud en los escalones.

En una gran inscripción, coronada por la divisa de los Montsauron acuartelado con el de los Sentis, se leía en letras blancas sobre fondo negro:

AL ALMA
DE LA NOBLE DAMA

IDA DE MONTSAURON
MARQUESA DE SENTIS
POR SÚBITA ENFERMEDAD
ARREBATADA
LA TARDE DE LAS NUPCIAS
DEJANDO PRIVADO EL ESPOSO
EL PADRE INCONSOLABLE
CONCEDA DIOS
EL ETERNO REPOSO
LA CORONA DEL PARAÍSO.

RIP

No quedó nada más de aquel ángel caído en la tierra que una pomposa inscripción de doce líneas.

El interior de la iglesia era imponente. Las antorchas fúnebres la iluminaban de una luz blanca y severa. Al igual que por fuera, el interior estaba totalmente decorado de negro y plata. En medio se alzaba el féretro sobre el que se había depositado una guirnalda de flores.

El dolor del viejo conde era terrible y pavoroso. De sus ojos no cayó ni una lágrima, pero en aquellas dos horas pareció que envejecía diez años. Quiso presidir él mismo todo lo relativo al funeral, de forma que la última de los Montsauron fuera sepultada honorablemente. Asistió a las exequias desde la tribuna de la casa. Luego acompañó el cortejo hasta la tumba familiar. Fue depositada cerca de la condesa de Montsauron. Sobre la tumba no se leía más que el nombre, con la fecha de nacimiento y la de la muerte.

Tras concluir estos desgarradores oficios, el conde fue a pie, acompañado por el marqués y por el párroco, hasta los límites del pueblo, donde un carruaje de posta lo esperaba.

—Yo —dijo él, señalando la vieja casa— ya no quiero vivir más allí donde Ida ha muerto.

El marqués se ofreció a acompañarlo, pero él lo rechazó.

No había querido a nadie, excepto a su viejo camarero, que, triste también él, subió detrás del carruaje.

El marqués y el párroco, con el sombrero en la mano y el rostro conmovido por un dolor tan honorable y tan honorablemente soportado, lo sostuvieron mientras se montaba en el carruaje. El marqués les estrechó la mano y gritó al cochero:

—¡A París!

El pesado carruaje se movió y los cuatro caballos partieron al galope.

Por su parte, el marqués de Sentis volvió a sus tierras de Normandía.

Paolo nunca se consoló de la muerte de Ida, pero no murió por ella. El tiempo y el arte son grandes consoladores. Partió también para París, donde no tardó en hacerse un nombre.

El dolor verdaderamente inmenso fue el del viejo. Dolor grande, augusto.

No nos queda hablar de eso.

III. Han transcurrido cinco años desde los acontecimientos que hemos narrado.

En un hotel de una pequeña ciudad, en una fea habitación de techos bajos, tapizada de un papel que había sido rojo medio siglo antes, un señor de espalda curvada, de pelo blanco, de rostro rugoso, está sentado en una amplia butaca. Parece absorto en sus pensamientos.

Démonos prisa en decir que este viejo es el conde de Montsauron, de lo contrario, ciertamente, no se le reconocería. El conde era de excelente constitución y de carácter muy fuerte; solo esto le había salvado de acompañar a su hija a la tumba, puesto que el dolor que lo había fulminado era de aquellos que matan con frecuencia; perdiéndola a ella, había perdido todo lo que aún lo retenía aquí abajo.

Cómo soportó el terrible golpe lo hemos visto más arriba. Solo, como ya se dijo, no tuvo fuerzas para volver a aquellos muros donde Ida había dado su último suspiro, y había partido para París. Aquí intentó distraerse, pero en vano. Compró poco después una pequeña villa sobre las agradables orillas del Sena, y tuvo durante un tiempo la esperanza de que una vida tranquila, en un sitio ameno y bello, muy lejano de la escena de la desgracia, pudiera cerrar poco a poco la llaga que aún sangraba. Estuvo así dos meses, pero la soledad aumentaba; es más, día a día veía aumentar su tétrica tristeza. Decidió entonces viajar.

Aquí comenzó el tristísimo espectáculo de aquel viejo que viajaba, viajaba, huyendo de su dolor. Recorrió toda Italia y España, aunque por todas partes no encontró más que la imagen de su hija moribunda; constantemente sus últimas palabras y su última mirada él las oía, las veía siempre por todas partes. Huía en vano de aquellos pensamientos que lo seguían como fantasmas; parecía que se hubieran encarnado en él.

Además, poco a poco, a su pesar, y aunque intentara combatirlo, un nuevo sentimiento se había apoderado de él.

Un nuevo mal lo corroía, un mal más grande que se añadía al primero: el remordimiento. El pensamiento horrendo de que él no era inocente de la muerte de su Ida se infiltró lentamente en su mente, paso a paso, y una vez dueño de él, no le dejó ningún momento de paz. Era cierto que ella había muerto de dolor y que él no la había forzado al matrimonio con el marqués, pero aun así... Algunas veces se despertaba por la noche sobresaltado y le parecía ver en medio de la habitación a su Ida, vestida de esposa, aunque ya pálida con aquella última palidez. Él nunca había sido supersticioso; sin embargo, había ahora algunos momentos en los que tenía miedo de la soledad.

Lo volvemos a encontrar, cinco años después, cansado de viajar. Un buen día había sentido un violentísimo deseo muy extraño. Del mismo modo que súbitamente tras la desgracia había querido huir de su vieja casa, en aquellos momentos, en cambio, sentía una intensísima ansia de volver. La melancolía que lo seguía por todas partes se había duplicado por aquel nuevo sentimiento no comprendido por todos, algo parecido a una nostalgia del dolor. No pudiendo olvidar, quería que todo le hablara de su desventura; no queriendo consolarse, encontraba un acre deleite en beber hasta la última gota la copa de la amargura. Ansiaba volver a ver la habitación donde había muerto y poner flores en su tumba. Cansado de todo, quería ahogarse en su aflicción.

Fue precisamente aquella la razón de por qué realizó el viaje de vuelta con la misma celeridad con la que había sido efectuada, cinco años antes, aquella partida que tanto se asemejaba a una huida.

Por instinto y por índole, por educación y por convicción, el conde era eminentemente religioso. Y los consuelos de la religión los había buscado, pero también estos habían sido vanos. Todos los consuelos que le fueron dados para aliviar su mal no sirvieron de nada. Cosa triste a su edad, ¡hasta la fe disminuía en él!

Le seguía la superstición.

Todo aquello que en el largo curso de su vida había oído contar referido a historias sobrenaturales, aquellas anécdotas de fantasmas y de espectros de las que también nosotros

hemos recibido nuestra parte, ahora le volvían a la mente y lo agitaban y lo perturbaban. Le parecía que todas se repetían para él; y verdaderamente, aunque no lo quisiera confesar, no sin inquietud, pensaba en la primera noche en su gran habitación, tan grave con la tapicería de brocado amarillo y la bóveda con esos dorados ennegrecidos por el tiempo.

Sin embargo, ello no disminuía en nada el ansia intensa de volver a aquellos muros donde su hija había expirado, como tampoco el temor, que él quería quitarse de encima pero que también tenía, a las apariciones nocturnas; un temor, derivado del remordimiento, que no hacía más que aumentar el deseo de estar aún en la vieja casa. Tenía, por así decirlo, la curiosidad del miedo; quería comprobar qué le podía ocurrir.

Él estaba, pues, cuando lo encontramos, sentado en una amplia butaca en aquella fea habitación de hotel, abismado en sus tristes pensamientos. Llegando a la última estación de su viaje de vuelta, empujado por la febril impaciencia que tenía de volver a sufrir donde había sufrido, agitado por una tremenda curiosidad, había decidido, a pesar de su tremendo cansancio, pasar allí solo la noche y volver a partir al día siguiente.

En efecto, por la mañana, Antonio, el viejo camarero, entró en su habitación.

—Señor conde —dijo—, los caballos están atados y todo está preparado.

—Es inútil. No parto —respondió el conde.

Al día siguiente ocurrió lo mismo. Finalmente dio la orden de no pensar en la partida hasta nuevo aviso.

Tenemos alguna vez tétricos acontecimientos similares que parecen venir de arriba. El presentimiento se cruza en nuestro camino y señala el abismo. El conde, sabiendo que estaba a pocas leguas de la suntuosa tumba de familia donde su Ida descansaba, sentía ya un estremecimiento arcano por la cercanía. El miedo a lo sobrenatural se hacía cada día más fuerte y se convertía en terror.

Todo en él era contradictorio. Quería ver su antigua casa, pero temía. Y triplicado por el presentimiento que pesaba sobre él, el miedo prevalecía.

Permaneció así durante unos quince días en aquel feo hotel, y no se decidía a partir. Él era como un hombre que teme abrir una puerta.

Una noche tuvo un sueño. Le parecía que estaba cerca del monumento de su hija, pero la tumba era transparente y ella agitaba los brazos, aunque, a pesar de sus ojos cerrados, su rostro pálido estaba radiante. La expresión de su rostro era de una tristeza inefablemente dulce.

Aquella visión lo impresionó gravemente. Se sintió dolorido y lleno de remordimiento por la suave melancolía impresa en la cara de la muerta. También el deseo de volver a ver aquella tumba volvió a ser más vigoroso que el miedo a los fantasmas. Es más, aunque en el fondo de su alma conservara un temor indestructible, arcano, tampoco eran ya las apariciones lo que temía. ¿Qué temía entonces? Ya no lo sabía. Ida ahora la había visto y aquella visión no había sido una pesadilla, sino más bien un consuelo. También aquel terror vago e indefinible lo experimentaba todavía, y quizás peor porque era secreto e ignoto.

Pero superó totalmente el ansia de ver su casa.

No interpuso ningún titubeo más. Su impaciencia de repente se hizo delirio. Se levantó, ordenó los caballos, ultimó sus preparativos de prisa y corriendo y media hora después el pesado carruaje rodaba ya por el camino.

Había atardecido. Sobre la terraza de la vieja casa estaban reunidos sirvientes y campesinos y con ellos la camarera de Ida. Todos volvían ávidamente la mirada hacia el

camino. Un bisbiseo animadísimo serpenteaba entre los grupos. ¿Por qué acudieron todos? Por el anuncio de un criado que afirmaba haber visto desde la ventana un carruaje por el camino. No parecía más que un punto negro, pero se dirigía hacia la casa. Todos sabían que el conde tenía que llegar pronto; aquel carruaje visto suscitó, pues, una gran conmoción.

—Me parece que ya no viene. No será él —dijo finalmente el jardinero.

No había terminado de pronunciar estas palabras cuando se vio aparecer en el fondo del magnífico camino el carruaje totalmente negro y polvoriento del conde. Los caballos, aunque parecieran cansados y cubiertos de sudor y de espuma, subieron hábilmente a galope hasta la terraza.

Allí el carruaje se paró. Fue, para los allí reunidos, un momento de indecible emoción. Todos sintieron un escalofrío recorriendo sus huesos.

El instante era solemne.

Su viejo señor, al que tanto querían, que habían visto huir, abatido por aquel tremendo golpe, la muerte de su única esperanza; ahora lo veían volver tras cinco años de ausencia, que sabían perfectamente que había sido en vano para calmar su dolor.

La puerta del carruaje se abrió, se asomó el conde y se quedó contemplándolos inmóvil. Experimentaba como una suerte de última vacilación.

¡Cómo había cambiado!...

Finalmente bajó, y encorvado, sujetado por ambos lados, subió lentamente los escalones de la terraza.

Todos se habían precipitado sobre él, besándole las manos, los faldones del traje, sosteniéndolo... Él les dio las gracias con una voz inestable.

Cuando entró en la sala, se vieron dos lágrimas silenciosas que le bajaban lentamente por las mejillas. Lloraba por primera vez tras la muerte de Ida.

Pasó al gran comedor donde encontró la mesa puesta y cenó servido por todos, discurriendo con todos, dando las gracias a todos, preguntándoles qué habían hecho en su ausencia. Estaba muy contento de volver a verse, al fin, en la vieja casa; se felicitaba por haber tenido el coraje de regresar.

Después se retiró a su habitación y se acostó.

Cuando estuvo solo de nuevo por primera vez después de tanto tiempo, en aquella gran habitación suya tan austera, no pudo refrenar por un momento su miedo. Aun así, terminó durmiéndose, y su sueño no fue turbado en ningún modo.

En fin, y para abreviar, pasó un mes sin que le ocurriera nada de extraordinario. En muchas ocasiones fue también en la habitación donde Ida había muerto, dejó caer su vieja cabeza sobre aquella almohada donde la pobre esposa había exhalado su último suspiro, lloró como un niño, pues llegados a aquel extremo podía llorar aunque no le hubiera ocurrido nada en concreto.

Recorrió las salas silenciosas, las largas galerías, los pasillos, pero no vio nunca nada de insólito o de sobrenatural. Sus aprensiones, sus supersticiosos miedos comenzaban a disminuir y no temía las apariciones: de hecho, Ida se le había aparecido y le había sonreído. La inquietud, el presentimiento que él experimentaba tan fuerte, ¿de qué derivaban, pues?

Un día en que salía de la biblioteca, vio abierta una puerta que normalmente estaba cerrada y daba a un largo pasillo que conducía al fondo del ala izquierda de la casa. Al fondo de aquel pasillo se encontraba la sala verde, esa que ya conocemos, la sala del clavicordio, el lugar favorito de la pobre Ida. Le pasó por la mente el hecho de que, desde antes de su regreso, nunca había vuelto a entrar. Era algo que, probablemente, dependía de la costumbre, puesto

que ya tampoco antes solía ir.

Era un lugar amado por su hija; él, que no respiraba por otra cosa que por aquella sagrada memoria, se sintió en seguida tentado de entrar. Pasó al largo pasillo y, apoyándose en el bastón (que ya no lo abandonaba), se dirigió hacia aquella sala verde.

Iba encorvado, con los ojos apagados, la cabeza baja. Sentía en el corazón una tristeza más fuerte que la acostumbrada. Empujó la puerta y entró. Enseguida sus supersticiosos miedos lo asaltaron. Aunque a pleno día temblaba más que por la noche en su tétrica habitación.

Todo estaba en su lugar en la sala, todo igual a como la última vez que Ida había estado allí. Nadie después de aquel día había entrado. El antiguo clavecín estaba abierto y sobre el atril se veía abierta una partitura. Era la canción de Weber, aquella canción favorita que ella había repetido tantas veces con Paolo, aquella que les había hecho caer en los brazos el uno del otro e intercambiarse aquel largo beso de amor que fue su único instante de felicidad; aquella que había tocado la última vez, con la mirada fija, con el corazón partido, con el acento de un inconsolable dolor y una voz que ya no era de este mundo.

Aquella triste melodía de amor había resonado largamente entre las viejas paredes y cuando sonó por última vez, toda la sala pareció impregnada de aquellos acentos...

Al ver aquella partitura sobre el atril y aquel clave aún abierto, el conde sintió escalofríos.

De repente, sus mejillas se cubrieron de una palidez mortal, las piernas le temblaban, un frío sepulcral le pasó por las venas, y tuvo que apoyarse en el clave agarrándose con las dos manos para no caer.

Se podía percibir una música tenue tenue. El clave, sin que alguna mano visible lo tocara, desprendía unos leves acentos. Era un motivo triste triste; una dulce melodía que parecía el lamento de un corazón hinchado de amor...

¡Era la canción de Weber!

Las notas, aquellas melancólicas notas acostumbradas a resonar en aquella habitación, surgían, surgían con una expresión desgarradora que no parecían pertenecer ya a esta vida.

Al principio la voz fue tenue, un hilo de voz, como si viniera de lejos, como si partiera de debajo de la tierra.

Al padre le parecía que surgía de la tumba... Poseído de un indecible terror se agarró con todas sus fuerzas al instrumento.

Su presentimiento se cumplía: él ya no temía las apariciones, pero sabía que algo lo esperaba. Ahora sí que sentía un miedo horrible, y no veía fantasmas.

La voz surgía, surgía, y era cada vez más fuerte. Parecía el fragor de la tempestad, parecía la irrupción de un llano, parecía una batalla del corazón. Las notas se sucedían las unas a las otras, claras, distinguidas, marcadas, con un acento arcano, como si una mano maestra y divina hubiera tocado las teclas.

Las manos del conde se agitaban convulsivamente.

El sonido proseguía y el canto adquiría unos acentos inimitables de música celeste. Artísticamente era la más espléndida ejecución que se pudiera imaginar.

En efecto, era una ejecución como ninguna mano mortal o voz humana pudiera esperar realizar nunca. En aquellas notas había una sonoridad tan extraña, en aquellos acentos una expresión tan divinamente desgarradora, que ciertamente si tuviera que salir de un pecho humano, lo habría hecho añicos. Era de aquellos cantos que provocan la muerte.

Cualquier creación de arte es un intento; el artista no exterioriza nunca todo aquello que lo agita internamente, no exprime nunca todo aquello que quisiera. En cambio, quizás aquí todo el pensamiento de Weber si que era expresado; era una nueva edición de su canto, revisada y

corregida en el cielo. Se hubiera dicho que los ángeles habían puesto las manos encima. Parecía que en aquellas notas se sentía el frufrú de sus alas azules...

La canción seguía fuerte, intrincada como la lucha de los elementos; pero el triste motivo del principio se oía siempre, parecía filtrar la melodía por dentro. Aquella voz angelical, que se asemejaba a la voz de Ida, se oía entre aquella divina tempestad de notas.

El conde comenzó a balbucear palabras incoherentes.

Finalmente, aquella borrasca, que había llegado a su cima y parecía el trueno de una cólera celeste, comenzó sensiblemente a disminuir.

Se apaciguaba lentamente, poco a poco. Y el primer motivo, aquella dulce melodía de amor que se había oído siempre en todo momento, si bien tenuemente, volvía ahora a predominar.

El conde temblaba. Un hielo mortal le serpenteaba por su cuerpo. Sus labios intentaban pronunciar un rezo. Finalmente, el motivo estuvo nuevamente solo, pero esta vez tenue tenue como el eco de otra vida.

Luego, de repente, los acentos se hicieron tan sonoros, arcanos, que parecía que el clave iba a romperse.

Las últimas notas eran unas notas tremendas de dolor. Eran los últimos gritos de un alma que un mal enormemente intenso arranca violentamente de la vestidura mortal.

El viejo sentía que le faltaba la vida. El canto continuaba... una agonía de notas.

Luego la última vibró larga, tétrica, triste, sobrenatural, con un acento tal que ninguna mente humana puede imaginar. Parecía partir de las vísceras de la tierra y, como una flecha, volar en el cielo. Era el grito supremo, era el grito de quien muere de amor.

Al conde le pareció reconocer en aquel acento el acento de Ida.

Sus manos perdieron de repente toda vitalidad y abandonaron la barra del clave al que había estado aferrado todo lo que duró aquella extraña agonía; de pálido que estaba se puso súbitamente blanco y con un jadeo asfixiado, se desplomó al suelo.

Aquella última nota aún resonaba.

Luigi Gualdo, *Una apuesta*

He aquí lo que supo decirme mi amigo a propósito del conde Sotowski, cuya insólita tristeza me despertaba una gran curiosidad:

Yo lo conozco desde hace muchos años y, habiéndolo encontrado siempre divertido, alegre y brillante, me sorprendió tanto como a ti y a los otros la transformación que tuvo lugar en él. En efecto, era incomprensible. Como sabes, él es fabulosamente rico, completamente independiente, de apariencia agradable, de carácter alegre y en todo muy afortunado; nunca se le ha conocido como una de esas mentes extravagantes que saben crearse fantasmas con su propia imaginación; es halagado continuamente por todos, tiene una cantidad de amigos que harían cualquier cosa por él. ¿Cómo se explica, pues, que antes fuera vivaz, sereno, chispeante, por así decirlo, y que, de repente, sin ningún motivo evidente o presumible se haya abandonado así a una oscura tristeza?

Hacia algunos meses que no lo veía, cuando, encontrándome con él en Niza, me di cuenta de su insólita melancolía. No le pregunté el motivo, sabiendo que era completamente inútil, siendo él uno de esos que hablan solo cuando quieren hablar. Sin embargo, no podía dejar de pensar en ello a menudo y me torturaba el cerebro intentando descubrir algo. Tú que sabes cuánto me interesan los estudios psicológicos podrías hacerme una idea fácilmente. Naturalmente, el primer pensamiento que me vino fue que sufría por alguna pasión secreta. En efecto, ¿qué otro motivo podía hacer caer en la melancolía a un hombre de un carácter tan alegre y semejantemente colmado de todos los bienes de la fortuna, si no es la eterna fuente de las lágrimas de aquí abajo, el amor? La idea de un delito, de un remordimiento, no era admisible por cien razones. Sin embargo, mi fantasía volaba en los campos del posible, y cada día me surgía ante mis ojos una nueva imagen de heroína para mi novela. Algunas veces suponía que él había amado a una joven que, asesinada por una lenta enfermedad, había muerto en sus brazos; otras veces, que había sido traicionado por una mujer seductora, fatal.

¡Cuánto me equivocaba! Una tarde que estábamos juntos, lejos del elegante paseo de la parte del puente del río Var, en la que me pareció aun más preocupado de lo habitual, me contó de repente el motivo de su tristeza sin que yo se lo pidiera y cuando menos me lo esperaba. No había ni un alma a largo del camino; el sol se preparaba para descender al mar, cubriendo de oro y de púrpura la limpidez del cielo, el aire empezaba a ser un poco menos sofocante de lo que había sido durante el día, y las palabras del conde resonaban extrañamente en medio de aquella soledad y en el silencio de la naturaleza que estaba a punto de adormecerse:

—Necesito confesarlo —dijo él—. Por otro lado, he visto pronto que os habéis dado cuenta de que una tristeza insalvable me invade constantemente desde hace un tiempo y que no puedo evitarla. Entiendo que aquellos que se percatan, conociéndome desde hace mucho tiempo, tienen que estar muy sorprendidos; la fortuna me ha colmado de sus dones, y estoy dotado sobre todo de un carácter fácil y alegre. Siempre he sido despreocupado, vivaz; nunca he tenido disgustos y nunca he ido a buscarlos. Las desgracias en el amor son desconocidas para mí.

—¡Cierto! —respondí—. Yo, en cambio, pensando en vuestra melancolía, acusé en seguida una pasión infeliz al no saber qué desventura te había podido afectar tanto.

—En efecto, yo no conocí a mi padre y el único dolor que recuerdo es el de la pérdida de mi madre; pero solo tenía diez años y, en aquella edad, no se siente mucho y se olvida

fácilmente. Desde entonces nunca ha habido ni una sola nube negra en el horizonte de mi vida. Todo me ha sonreído siempre; los hombres y las cosas. Sin embargo, un mal terrible ocasionado a otro y del que yo fui causa, surgido sin mi precisa culpa, y por un motivo extravagante y fútil, me ha dejado una amargura en el alma que, mucho me temo, dejará larga huella de sí. Es una historia bastante extraña.

—Contadla, os lo ruego. No os podéis imaginar cuánto me interesa.

Él guardó silencio durante un momento. Estaba absorto en sus pensamientos. Luego me preguntó:

—¿Nunca habéis oído nombrar Arnoldo D.?

—Creo que sí —respondí—. Es un escritor, si no me equivoco.

—Era, tendrías que decir.

—¿Ha muerto? —pregunté yo.

—No, pero ha terminado de escribir. Era un joven de extraordinario ingenio que, claro está, no será olvidado por quien ha leído sus pocos trabajos. Pese a ello, y debido a su vida poco regular, a muchos les caía mal; pobre, no afortunado, de una naturaleza vivaz y variable, con frecuencia intentaba ahogar el tedio en la embriaguez o buscando en ella una más loca inspiración. Había nacido para ser rico y, estando con frecuencia en la miseria, espectro nefasto, ¡esta se acercaba siempre a él! Amaba las cosas bellas, las ricas habitaciones, la luz de los candelabros de dos brazos y de las gemas, las suaves alfombras, el lujo oriental; quería todas estas cosas y, sin embargo, no las poseía más que en sueños, procurados por la fantasía o por el vino. Su ingenio no era de esos que florecen en todas partes; era necesario para expandirse que estuviera rodeado del bienestar, de la opulencia. Por ello, cuando ganaba algo, vivía durante un mes como un príncipe, luego se encerraba a trabajar y, ciertamente, con éxito; pero encontrándose sin blanca, caía en el abatimiento, la inspiración huía y ya no era capaz de nada más que de beber para aturdirse. Solía decir que, si hubiera tenido cien mil liras de renta, habría sido el más grande poeta del mundo.

Todos estos detalles me los contó más tarde; yo no sabía nada cuando lo vi por primera vez. Hablo de hace varios años. Yo volvía a Italia de un viaje rápido a París. Estábamos pasando por Cenisio; era de noche, y yo dormía tranquilamente en mi plaza de la esquina del cupé de la diligencia. De las otras dos plazas solo estaba ocupada una —la de la otra esquina, naturalmente— por un hombre que estaba arrinconado allí totalmente envuelto en un manto que solo dejaba ver sus ojos. Despertándome de vez en cuando, había observado que él no dormía, pero no me había sido posible ver su fisonomía. Al amanecer dejó caer el manto y, con el primer albor que iluminó su cara pálida, reconocí a Arnoldo D.; nunca me había sido presentado, pero lo había visto aquí y allí muchas veces y había leído alguno de sus escritos. Le dirigí la palabra el primero: le dije que lo conocía y le dejé caer mi nombre, y él, aunque un poco reservado al principio, en seguida comenzó a conversar con mucha soltura y, de vez en cuando, con júbilo. Su conversación era sumamente divertida; tenía una manera de exponer totalmente original y pronto sentí por él una enorme simpatía, al tiempo que me daba cuenta de que yo no le molestaba, pues a cada momento se animaba más y se expandía con mayor familiaridad. Después de unas horas éramos casi amigos. Me habló de sus proyectos, sus aspiraciones, sus angustias; me confesó que no sabía soportar la pobreza, que para él era el más grande atolladero al desarrollo de su ingenio, mientras que para otros había sido alguna vez un estímulo para trabajar. Mi nombre no le era desconocido; sabía la colosal fortuna poseo yo. Me dijo que, si él tuviera una veintésima parte de ella, escribiría un libro que no sería olvidado y que, a su vez, le haría rico.

Hablamos de arte un buen trecho. La estima de su ingenio que yo había adquirido leyendo sus obras aumentó todavía más, y me persuadí de que era un joven que habría podido llegar a la gloria, siempre que no se embruteciera en los vicios. Pero este era, por desgracia, el camino sobre el que él se adentraba cínicamente. Su rostro llevaba ya sus huellas, aunque los lineamientos fueran muy bellos y los ojos llenos de luz y de pensamiento; hasta sus discursos se resentían de ello un poco, ya que de tanto en cuanto divagaba sobre toda clase de puerilidades o desembocaba inútilmente en blasfemias e imprecaciones. A pesar de ello, aquel día fue para mí muy agradable, y aquellas horas en la diligencia, normalmente tan aburridas, pasaron en cambio rápidas.

Siempre he admirado la genialidad, bajo cualquier forma que se muestre, y las obras de la fantasía de los demás han avivado potencialmente siempre la mía. Él era feliz, se veía, de haber encontrado a alguien que lo entendiera de verdad, y habló de sus cosas más íntimas con un abandono que quizás sorprendía a él mismo. La confianza que había nacido así espontáneamente entre dos que por naturaleza eran todo lo contrario a expansivos, ciertamente tenía que estar provocada por una secreta y casi magnética simpatía. Él se entusiasmaba cada vez más hablando, y yo lo escuchaba con un interés cada vez más creciente hasta que, saliendo yo de mi reserva habitual, le confesé cuánta admiración despertaba su ingenio en mí y cuánta esperanza tenía yo de que él se procurara un lugar imperecedero en la historia del arte. Sus ojos brillaban de entusiasmo mientras yo le decía estas palabras de estímulo. Él se mostraba entusiasmado por momentos y me recitó unos versos plenos, armoniosos y vigorosos. Luego me narró sus proyectos: me expuso la trama de una novela que tenía la intención de escribir; me pareció que rebosaba nuevos efectos y lo exhorté a comenzarla pronto. Hablando de argumentos me contó su gusto especial por argumentos poco comunes, extravagantes y hoffmanianos. Entre muchos otros me contó uno que no había intentado escribir aún y que quizás nunca intentaría por ser realmente difícil, pero que, no obstante, desde hace muchísimo tiempo le revoloteaba por la cabeza. En efecto; era muy extraño y de una dificultad poco común, pues toda la belleza debía consistir en el modo en que debía ser hecho y porque hacía falta, para conseguirlo, encarnarse casi en la persona del protagonista. Sin embargo, era bellissimo, y yo no dudé de que, si Arnoldo conseguía escribirlo, sería una pequeña obra maestra. Me gustó tanto el argumento y me interesó tanto por su fantástica originalidad, que permanecí en silencio, pensando en ello a mi vez. La rareza era casi duplicada por la extrema dificultad de ponerlo en palabras.

Durante mucho tiempo permanecimos ambos callados, inmersos en el mismo pensamiento; el primero que rompió el silencio fue Arnoldo:

—Este es uno de esos argumentos —me dijo—, que no se pueden desarrollar más que en un momento de inspiración. Es completamente inútil planear iniciarlo o acabarlo en determinada hora; es necesario que en un día dado —que, claro está, no podemos elegir— nos encontremos de repente ensimismados en nuestro protagonista con la capacidad de hablar y actuar como si hubiera hablado y actuado en aquella circunstancia dada. Es necesario que por un momento nos convirtamos en él y entonces, adoptando sus expresiones, manteniendo sus gestos, su figura y su carácter, hablemos y hagamos igual que él, a fin de darle al relato, en cuanto ideal, un trazo innegable de realidad. El poeta, en tal caso, es verdaderamente esclavo de ese cuarto de hora, hace si ha llegado el momento de hacer; es necesario que interrumpa el trabajo si la mente le es rebelde aún. Y por mucho que me guste es inútil que yo intente ni siquiera componerlo poco a poco, ya que tiene que salir a vuelapluma y debo tener paciencia y esperar un día, quizás lejano, en el que coja la pluma y lo escriba, sin paradas y

sin correcciones...

Dijo muchas cosas en este sentido... añadió cómo la elevación del arte está a veces precisamente en esto, en que no somos solo nosotros los que efectuamos el trabajo, sino que hay además una partícula de fuego sobrehumano que baja hasta nosotros y nos hace vigorosos para inmortalizar en el trabajo hecho las ideas lábiles y desabridas que se diseñan vagamente entre las nieblas de nuestra imaginación. Me explicó todas estas cosas con verdadera elocuencia y profunda y segura convicción.

Sin embargo, reía fácilmente de todo; después de que su labio hubiera adquirido un cariz severo, enseguida se tornaba una sonrisa cínica y mordaz y con mucho espíritu, en prueba de su verborrea, probaba con exactitud lo contrario de lo que había dicho.

Hizo lo mismo en el caso del que hablamos. Cuando las palabras calurosas que me habían calentado la mente y obligado a pensar resonaban aún, por así decirlo, en mí, comenzó a decir justamente lo contrario; dio la vuelta a sus propios argumentos, puso en ridículo sus propias ideas y supo casi probarme que todo el arte no es más que un mecanismo, que cada cosa se puede hacer con ciertos elementos y que, siempre que se haga un esfuerzo de voluntad, cualquier momento es bueno. Encontraba ahora unas entonaciones tan cínicamente correctas, al igual que antes las había encontrado entusiastas, que me costó trabajo combatir su ironía a pesar de haberme provisto de sus propias armas. Sin embargo, lo intentaba y me animaba a mi vez en la discusión, cuando de repente dijo como para concluir:

—Por lo demás, dejando a un lado las teorías, podría explicaros con un ejemplo la verdad que sostengo ahora contra mi falso entusiasmo de poco antes; y estoy seguro de que no sabríais qué más responderme.

—Pues bien, decidlo —respondí yo—. Sentía gran curiosidad por oír con qué diablos me vendríais a continuación.

—Es un ejemplo muy fácil de entender —añadió él—. Estaréis de acuerdo, espero, con que el argumento excepcional del relato que os expuse hace un instante es bastante difícil... porque si yo lograra probaros que se puede hacer en cualquier momento, dadas, sin embargo, algunas circunstancias, vos os declararíais persuadido que la inspiración no es un elemento indispensable. Sin embargo, será necesario que os contentéis creyendo mi palabra y que os fiéis de mi convicción, porque, claro está, no querréis intentar la prueba. Escuchad: hace mucho tiempo, como os dije, que este argumento me ocupa y nunca lo he sabido poner por escrito. Estoy casi seguro de que el momento de inspiración nunca vendrá, porque nunca podré entrar de verdad en el carácter extraño de mi héroe. Pues bien, ahora estoy cansado por el viaje, abatido, tengo sueño...

—¿Y lo escribiríais ahora? —le interrumpí asombrado.

—No creo —respondió— que lo pudiera hacer con las nulas ganas que tengo y en un momento tan poco adecuado, solamente por un esfuerzo de voluntad. Necesitaría algo de excitación, pero entenderéis que si lo pudiera hacer con una excitación no artística se demostraría que el fuego sagrado no es necesario. Pues bien, si alguien me dijera: "mañana por la mañana serás rico, si esta noche escribes una novela"... ¡por Dios!... apostaríais por ello.

Yo estaba embelesado por la originalidad de mi nuevo amigo. Una idea loca me atravesó rápidamente por la cabeza: me venían muchas en aquel momento. Le dije:

—¿Qué suma querríais?

—Una suma lo suficiente grande como, claro está, no sea posible encontrar ningún nigromante que me la quiera dar. Quinientos mil francos, por ejemplo.

—Los tendríais mañana por la mañana si el relato está hecho.

Arnaldo no quería creerlo. Me dijo que yo bromeaba. Entonces yo tomé una cartera de viaje que contenía todo lo necesario para escribir y formulé claramente mi promesa. Luego ña firmé con todos mis nombres y le entregué el documento mientras le decía:

—Tened por cierto que no me arrepentiré de lo que voy a hacer ahora. Si vos perdéis, será una prueba clarísima contra todos aquellos que no creen en la inspiración; si ganáis, tendré el placer de haber contribuido en vuestro futuro, ya que vuestro ingenio, como vos mismo dijiste, adquirirá un impulso nuevo y no necesitaréis más buscar el coraje en...

—¡Tenéis razón! —me interrumpió—. ¡No os podréis imaginar jamás el bien que hacéis en este momento y cuán grande será mi gratitud! ¡Que las Musas os bendigan!

Él no sabía moderar su alegría; cantaba, reía, decía todo tipo de insulseces. Estaba completamente seguro de lograrlo. Hablaba locamente de qué habría hecho cuando fuera rico; decía estar seguro ya de hacerse verdaderamente un nombre. Yo era feliz viéndolo tan alegre gracias a mí; exultaba a mi vez (tenía que confesarlo) pensando que había hecho algo que no se hace ciertamente todos los días. Pensaba que, si él ganaba mucho, quizás pasada la embriaguez del momento me aburriría un poco darle una suma tan grande a uno que al final no conocía más que de nombre; pero, por otra parte, me parecía de tanto en cuanto muy probable que él fracasara, a pesar de su seguridad.

Llegamos a Turín hacia las once, y en cuanto bajé al hotel él pidió su cena y mandó llevarla a la habitación. Nos estrechamos la mano y él me dijo:

—Voy a trabajar. Mañana por la mañana tendréis vuestro relato.

Yo dormí profundamente toda la noche, pues estaba realmente cansado, y me desperté hacia las nueve.

En seguida corrí hacia la habitación de Arnaldo y encontré la puerta abierta de par en par. Dentro no había nadie. Bajé abajo y pregunté al hostelero si sabía algo del señor que había llegado conmigo.

—Ha partido hace una hora, más o menos.

—¿Cómo es posible! ¿Ha partido?

— Sí, señor. Es más... no quisiera inquietarle, pero me parece que le ha debido ocurrir algo a ese señor.

—¿Por qué? —pregunté yo, a pesar de que comenzara a sospechar la verdad.

—Como usted sabe, su amigo mandó llevar la cena a su habitación ayer por la noche cuando llegaron; el camarero le encendió dos velas, preguntó si necesitaba algo y este le respondió "¡nada!" y partió. Ahora bien, el camarero estuvo levantado toda la noche y la luz brillaba aún en la ventana de su amigo. El otro camarero, que se levantó a las cinco, cuando fue a la cama vio todavía la luz brillando. Finalmente, hacia las ocho, el señor tocó la campanilla y el camarero que entró en su habitación lo encontró sentado ante la mesa, con unas hojas delante; las dos velas casi terminadas y (esto le impresionó mucho) pálido como un muerto.

—¿Y qué le dijo?

—Tenía una palidez que daba miedo y su voz correspondía al rostro, puesto que era temblorosa y un poco rauca. Preguntó a qué hora partía el primer tren, dijo que se bajara el equipaje y, envolviéndose en su manto, vino aquí y se sentó en esta silla a esperar que los caballos fueran atados al ómnibus. Yo estaba en aquella mesa, escribiendo, y fingí no mirarlo, pero lo observaba de reojo, y lo vi golpearse dos o tres veces la frente y pronunciar en voz baja unas palabras extrañas. No osé preguntarle nada, porque me parecía tan de mal humor que ciertamente no se hubiera tomado demasiado a bien mi pregunta.

—¿Y partió?

—Sí, señor. Se montó en el ómnibus, dio, como distraído, una rica propina al camarero y fue conducido a la estación, donde tomó el tren de Génova, el primero que partía.

Todos estos detalles me quedaron impresos en la memoria. Pregunté si no había dejado nada para mí y me dijo que no.

Una horrible sospecha me golpeó repentinamente y entendí cuán imprudente había sido mi promesa. Claro está, él no había podido escribir el relato, y con su facilidad en caer en los sentimientos extremos y en abandonarse a la impresión del momento, estaba abatido en la desesperación. Con aquella fantasía habitualmente extraña, y excitada por un desengaño tan fuerte, todo se hacía posible; un escalofrío de inexpresable miedo me pasó por los huesos. Pregunté a qué hora partía el siguiente tren a Génova. Estaba decidido a encontrarlo de nuevo.

Todas mis búsquedas fueron infructuosas. Ni en Génova ni en ningún otro lugar logré obtener noticias de Arnoldo D. Rebusqué por todas partes, hoteles, casas, cafés, teatros, tabernas. Aburrí por lo menos a cien personas con mis preguntas, ninguno me supo decir nada en concreto. Ciertamente no se había parado en Génova. Volví a Turín, pasé desde Milán, seguí buscando y siempre en vano. Sabía que él tenía unos familiares en Venecia; fui allí. Mientras tanto, habían transcurrido quince días.

En Venecia, finalmente, fui informado de la triste verdad. Aunque siempre la rechazase, la idea de un suicidio se había presentado más veces en mi imaginación. La verdad era quizás peor: ¡él se había vuelto loco!

El conde se detuvo y caminó unos cuantos metros en silencio absorto en sus pensamientos. Yo no osé molestarlo y esperé hasta que continuó, esta vez en voz baja y triste:

—Entenderéis ahora la causa de esta melancolía que me sigue siempre y a todas partes. Es una tristeza mezclada con el remordimiento. Con una simple una idea extravagante y pródiga, quizás he ofuscado para siempre un ingenio no común y lanzado a las tinieblas un alma que resplandecía en la luz. Como consuelo, puedo decirme que yo no podía prever una catástrofe tal y que él era ya de por sí extraño como para que se pueda echar la culpa a la prueba fallida; pero estas razones no me bastan. Fue tal el abatimiento profundo, la rabia, el dolor de no haber conseguido hacer aquello que se consideraba seguro y que le aseguraba la riqueza, el sueño de su vida, que todas las alucinaciones de su mente, sus extravagancias y las consecuencias del vicio, tomaron la delantera y su razón se esfumó. Yo intenté verlo y lo pude hacer alrededor de dos meses después del día fatal; pero nada lo pudo arrancar de su locura. Está ordinariamente triste, abatido, alguna vez incluso furioso; sus palabras aluden siempre a aquella noche en que trabajaba mientras yo dormía, inconsciente del mal que aquel esfuerzo no conseguido tenía que hacer en aquel cerebro enfermo.

Era de noche cuando llegamos a la casa de Sotowski. La luna, que se reflejaba en el mar en calma como si estuviera adormecido, formaba esa larga franja de luz engalanada de brillantes que parece la vía de las visiones; las estrellas centelleaban. Yo le dije que ahora lo entendía todo, le di las gracias y le estreché la mano, dejándolo quizás menos preocupado de lo habitual, por el desahogo tenido. Ahora sabemos la causa de la tristeza profunda del conde; es extraña, pero cualquiera que sepa qué es el remordimiento de haber hecho un gran mal moral, incluso involuntario, lo entenderá.

Yo volví a ver al conde muchas veces, pero él no volvió a mencionar aquel escabroso argumento, ni yo osé impulsarlo a ello. Solo un día, muchas tardes después de la que he hablado, me dijo que podía darme el complemento de la curiosa anécdota que me había

narrado.

—Dejando D. aquella tarde, le dije que partía para Florencia y él, dos días después, antes de que su desventura le sobreviniese, me mandó allí una carta que no leí hasta unos veinte días más tarde, cuando la locura lo había aferrado ya y yo sabía la triste verdad. Leedla; ahora quizás os pueda interesar; pero no hablemos más de ello.

Yo obedecí y al día siguiente le devolví la carta sin añadir palabra alguna, aunque me había interesado verdaderamente.

«AL CONDE SIGISMONDO SOTOWSKI.

Génova, a día... del año...

Me resulta imposible volver a veros. ¡No puedo!... y por ello os escribo estas líneas que mando a Florencia donde llegaréis en seguida, tal y como es vuestro proyecto. Esquilo, Homero, Dante, Shakespeare y los todos los demás... ¿los veis totalmente fúlgidos en el cielo del pasado, rodeados por luz igual y eterna? Los lugares ya están cogidos, nadie puede añadirme a mí a ese grupo. Dicen: querer es poder. Es falso. Yo no he podido ser rico, yo que he soñado siempre con ello, yo que habría tenido el genio si hubiera tenido el metal, que habría encontrado la felicidad si hubiera hecho aquel relato. No lo he sabido hacer. Señor conde, no creáis por esto que la inspiración es necesaria; es solo que ha habido complicaciones. ¡Si pudierais imaginaros cuál ha sido el furor del primer momento! Ahora estoy mucho más calmado, me siento ligero, estúpido y tranquilo. Desde mi ventana veo el puerto y creo que hay pocos deleites aquí abajo que sean similares al de contar los mástiles de los bastimentos; pero es muy difícil, porque uno esconde al otro. Me parece extraño que hayan pasado ya algunos días: tengo las ideas mucho más claras de lo habitual, pero algunas veces lloro y luego río sin ningún motivo particular. Entré, pues, aquella noche en la habitación del hotel decidido a trabajar y seguro de conseguirlo. Estaba contento y lleno de alegría; se había cumplido uno de mis sueños. Sí, señor, es mejor que os lo confiese, la aventura que vos me habéis procurado, había soñado con ella muchas veces. Cuando exclamaba que ¡si yo fuera millonario, sería un gran poeta!, añadía con frecuencia que si alguien me dijera "escribe algo que pueda permanecer, y mañana por la mañana serás rico", ¡no sé qué sería capaz de hacer! Me puse ante la mesa y comencé a pensar. ¿No habéis experimentado nunca aquella extraña sensación de los pensamientos que divagan por su cuenta? ¿Que toman, rebeldes, el camino que quieren? Yo lo experimenté en aquel momento. Mi imaginación, en vez de dirigirse al protagonista del relato, a la persona en que yo debía entrar, me hacía pasar, en cambio, ante los ojos las quinientas mil cosas de las que sería libre de hacer con esos quinientos mil francos que mientras tanto había olvidado ganar. Pensaba que mi ingenio brotaría, que escribiría un libro que supondría mi fortuna y en algunos años triplicaría mi capital. Pensaba que finalmente los deseos reprimidos desde siempre podían satisfacerse, que las cosas anheladas siempre en vano podían ser poseídas: que eran míos el terciopelo y el raso, las alfombras de Persia y las perlas de Oriente, las cenas, los viajes, los amores; que eran mías todas las cosas bellas, buenas y agradables que hasta entonces me habían parecido aquí abajo herencia exclusiva de los imbéciles; ¡que podía viajar con un tren especial como un monarca y hacer imprimir mis poemas en papel plateado con caracteres de oro! Soñaba con la satisfacción, el éxito, el gozo, la compensación a todas las miserias transcurridas que el futuro me preparaba; me parecía que de repente el paraíso se hubiera

convertido en algo terrestre, me parecía estar por encima de todo, y un inmenso orgullo me agitaba pensando en que dentro de poco podría vengarme de todas las humillaciones recibidas; me veía, dentro de no mucho, más rico que los Rothschild, me veía libre de contentar mi prodigalidad, que se dividiría en dos arroyos, ¡de oro y de palabras, de diamantes y de rimas!

Oí así tocar la una. Escribí pocas líneas. Volví a pensar. Me parecía que habían transcurrido solo algunos minutos cuando los dos golpes se oyeron en el reloj.

Un escalofrío me pasó por el cuerpo. Me parecía que el tiempo se me escapaba como algo que resbala entre las manos. Miré con terror la resma de papel blanco que estaba delante de mí. Entinté la pluma para seguir, pero las palabras no venían. Además, reflexionaba que, antes de escribir, era necesario entrar con el espíritu en el argumento, pensar con el protagonista. Hice un esfuerzo violento y forcé a mi pensamiento en aquellos límites; pero de tanto en cuanto divagaba y no me daba cuenta de cuánto duraba aquella divagación.

Tocaron las tres. Entendí que había que reaccionar, hacerse fuerte. Era necesario sobre todo pensar bien antes y no tener demasiada premura en escribir; de lo contrario, el tiempo pasaba en intentos incorrectos y mi mente se confundía en esfuerzos febriles. Me levanté y comencé a pasear hacia adelante y detrás, intentando recoger mis pensamientos sobre un único punto sobre el que debían reunirse.

Pasó una hora de nuevo así, y en el péndulo sobre la chimenea tocaron las cuatro. Entonces me abandonó de nuevo mi sangre fría y fui invadido por un horrible miedo. Era menester escribir. Aquel papel obstinadamente blanco delante de mí me encolerizaba. Comencé decididamente, de cualquier modo, solo por comenzar. Había escrito solo alguna línea, pero sentía ya una especie de alivio... Permanecí un instante inmóvil, no pensando en nada. Pero quise continuar luego; volví a pensar... y pensé durante tanto que sonaron los cinco golpes en el reloj de péndulo.

Gotas frías de sudor me humedecieron la frente. Me parecía que con aquellos malditos golpes resonaban también la hora de mi condena. Una especie de nervioso estremecimiento me asaltó; me mordí con violencia una mano. Me levanté y seguí paseando a lo largo y ancho de la habitación como una fiera enjaulada, y aquello me hizo estar un poco mejor. Me volví a sentar más calmado... pero ya los proyectos de qué habría hecho con mis riquezas y los pensamientos de mi protagonista me bullían todos juntos, confusamente en el cerebro. El tiempo pasaba, el miedo se hacía a cada instante más fuerte, comenzaba a entender que perdía todo, hice un último intento supremo y escribí una página entera. La esperanza volvía a entrar lentamente en mi corazón y me sentía un poco más reconfortado.

Además, en el mismo momento en el que escribía, conforme pasaban los minutos me volvía más vigoroso y pavoroso el pensamiento de que el tiempo pasaba, de que el trabajo estaba lejos de ser realizado y de que no conseguiría completarlo. Mi pluma corría a toda velocidad, ansiosamente sobre el papel; la mano me temblaba...

De repente, me di cuenta de que el tenue rayo blanquecino del alba penetraba por las contraventanas cerradas y llegaba a golpear sobre mi rostro estremecido junto a la exigua luz de las velas. Todo había acabado. Sentí una tremenda punzada en el corazón y me pareció que mi razón se estremecía. Intenté librarme de ello, recé e imprequé al mismo tiempo. Releí todo lo que había escrito: en las últimas líneas faltaba el sentido.

La desesperación hizo presa en mí. ¡Había perdido! Ya no me quedaba ninguna esperanza. La mano me temblaba tanto que ni siquiera habría podido sostener más la pluma...»

Algunos días después de haber escrito esta carta perdió completamente la razón.
Pero, por favor, no le digas a Sotowski que yo te he narrado su historia, porque la quiere mantener en secreto, concluyó mi amigo.

Traducción de Juan Francisco Reyes Montero